

# CUADERNOS DE HISTORIA 23

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS  
UNIVERSIDAD DE CHILE DICIEMBRE 2003



## ENTRE INDIOS FALSIFICADOS, NOVIAS RAPTADAS, CAUTIVOS Y TRAFICANTES DE AGUARDIENTE: GUILLERMO COX EN EL NORTE DE LA PATAGONIA, 1862-1863\*

*Pedro Navarro Floria*  
(CONICET)  
*Gabriela Nacach*  
(UBA)

### *Introducción*

Para los chilenos blancos de mediados del siglo XIX, los pasos cordilleranos existentes en torno del gran lago Nahuel Huapi, entre las latitudes de Osorno y Puerto Montt, guardaban celosamente el secreto del tránsito a las Pampas, al mismo tiempo que la triste memoria de los jesuitas de la isla de Chiloé que –allá por el siglo XVII– habían cruzado al este a establecer una misión, pagando con sus vidas el haber develado el secreto de la cordillera. Otro misionero, el franciscano Francisco Menéndez, pasó varias veces en los últimos años del siglo XVIII, reconociendo los alrededores del Nahuel Huapi

\* Versiones preliminares de este texto fueron presentadas como ponencias al Congreso del Centenario de los Pactos de Mayo y VI Seminario Argentino-Chileno de Humanidades, Ambiente y Relaciones Internacionales (Mendoza, 27-29 de mayo de 2002) y al 1<sup>er</sup> Encuentro “Las Metáforas del Viaje y sus Imágenes. La Literatura de Viajeros como Problema”, (Rosario, 22-24 de agosto de 2002). Agradecemos especialmente los comentarios y aportes de Claudia Torre y Griselda Tarragó a nuestro trabajo.

y describiendo un panorama humano de una impactante diversidad y movilidad. A su vez, desde la recién fundada Carmen de Patagones, por entonces también los españoles del Río de la Plata buscaban el boquete que permitiera establecer un contacto interoceánico permanente<sup>1</sup>. Sin embargo, los únicos dueños de los pasos eran los pehuenches y los huilliches cordilleranos, intermediarios y participantes en el circuito ganadero que unía las estancias del campo bonaerense con los mercados del sur chileno a lo largo de los grandes ríos del norte de la Patagonia y a través del Neuquén.

La independencia de las colonias españolas había interrumpido los intentos hispanocriollos de contacto transcordillerano y había hecho que se perdiera noción de ese mundo rápidamente cambiante. Pero apenas organizados los Estados nacionales argentino y chileno, la idea de ocupar ese espacio resurgió en un marco de creciente violencia y presión de terratenientes y colonos sobre las tierras y los recursos del mundo fronterizo. La corriente colonizadora europea que pobló la zona de los lagos chilenos en la década de 1850 no resultó ajena al atractivo del *Puel Mapu*, el país del este. El primero en entrever el Nahuel Huapi fue uno de los grandes impulsores de la colonización chilena, Vicente Pérez Rosales, en 1855. Inmediatamente lo siguieron dos colonos alemanes del lago Llanquihue, Eugenio Hess y Francisco Fonck. El desafío estaba reabierto.

Un chileno de origen británico, Guillermo Cox<sup>2</sup>, fue el autor y el realizador del proyecto más serio, desde el lado chileno, orientado a establecer una

Cfr. Navarro Floria (1994).

<sup>2</sup> Guillermo Eloy Cox Bustillos (1828-1908), autor de *Viaje en las rejiones septentrionales de la Patagonia (1862-1863)*, fue hijo del médico y marino galés Nathaniel Cox Lloyd (1785-1869), que sirvió a Rusia y a Gran Bretaña. Nathaniel Cox dejó la Royal Navy en Buenos Aires en 1814, siguiendo a Lord Cochrane, y se estableció en Chile, donde acompañó a Bernardo O'Higgins en la lucha por la independencia. Fue aceptado como ciudadano chileno en 1819, casó con Francisca Javiera Bustillos Maseyra en 1820 y ocupó diversos cargos públicos relacionados con su profesión, llegando a ser decano de la Facultad de Medicina al crearse la Universidad de Chile en 1842. Guillermo, uno de sus nueve hijos, también estudió medicina, pero desde 1859 se dedicó a explorar el antiguo camino jesuita al Nahuel Huapi y a promover la colonización de la Patagonia norte desde Chile, con apoyo del presidente Manuel Montt. En 1863, el Congreso de Chile lo indemnizó por la pérdida de su equipo en el Limay. Vivió habitualmente en Concepción y ejerció el viceconsulado de Suecia y Noruega en Talcahuano; fue terrateniente en la región del Biobío y viñatero en Chillán; navegó los canales de Chiloé comerciando con una goleta, y contribuyó aún años después de su viaje a la Patagonia con descripciones de los ríos, lagos y costas del sur de Chile y del Neuquén. Casó con doña Loreto Méndez Urrejola, con quien tuvo diez hijos. Cfr. Huneus (1998); Huneus Cox (2000, 20-45); Mayochi (1999, 7-10); y Fonck (1896, 229, 467-476 y 503). En relación con la obra

vía de comunicación bioceánica permanente que posibilitara el poblamiento y aprovechamiento productivo del río Negro por inmigrantes. Son varios los momentos de su obra en los que declara este propósito. Remitiéndose a los antecedentes que demostraban el relativamente fácil cruce de los Andes en la zona, el nacimiento del Limay en el Nahuel Huapi y la navegabilidad de la cuenca del Negro, “era evidente que un trayecto terrestre o fluvial de 125 millas bastaría para poner a Chile en fácil comunicación con las aguas del Atlántico”<sup>3</sup>. Esta comunicación se proponía explícitamente facilitar la ocupación: “no sólo mi proyecto abraza un interés científico y mercantil, sino también humanitario, por cuanto conduce a facilitar la colonización de aquellas regiones”<sup>4</sup>. El día anterior al de su llegada al ansiado Nahuel Huapi, vislumbrando sus aguas azules, Cox escribía: “Tenía, pues, delante de mí el camino que debía conducirme por el río Negro a las orillas del Atlántico. Tenía a la vista el lado oriental cuya exploración era, desde algunos años, el objeto de mi pensamiento y el fin de mis deseos”<sup>5</sup>. Una vez en el lago, el viajero descartaba la vuelta atrás: “Estábamos en el camino del este. *Alea jacta erat*”<sup>6</sup>. Fallido el primer intento, el mismo deseo llevó al explorador al segundo:

“Además de que había empeñado mi palabra, el atractivo del viaje hasta el Carmen, las ventajas que, a mi parecer, reportaría la geografía de esos países tan desconocidos, el vivo deseo que tenía de volver a ver el lugar del naufragio y el confluente del Limay, y también, debo confesarlo, la importancia que los peligros mismos daban a la empresa, tuvieron mucha influencia en mi espíritu”<sup>7</sup>.

de Cox, la citaremos según la paginación de la edición de 1999, más reciente y accesible que la primera de 1863, aunque imperdonablemente mutilada: en el Apéndice a los diarios de viaje de Cox (1999, 267-293), que en realidad constituye una valiosa descripción científica de los territorios recorridos, se ha omitido reeditar las secciones de Orografía, Hidrografía, Geología (escrita con la colaboración de A. Pissis), Botánica (con un extenso catálogo hecho por R.A. Philippi), un catálogo de los insectos recogidos hecho también por Philippi, una descripción de las Salinas norpatagónicas, un estudio del clima con tablas de observaciones meteorológicas, y una sección sobre la lengua mapuche o “araucana” con una tabla de equivalencias con el castellano y ambas lenguas tehuelches (norte y sur). El faltante en la edición de 1999 puede encontrarse en las pp. 199-253 de la edición de 1863, y no resulta significativo para el punto de vista del presente trabajo, más allá de demostrar que nuestro viajero se propuso hacer —e hizo— un aporte trascendente al conocimiento sistemático del corredor araucano-norpatagónico.

<sup>3</sup> Cox (1999, 18).

<sup>4</sup> Idem, 51.

<sup>5</sup> Idem, 91.

<sup>6</sup> Idem, 103.

<sup>7</sup> Idem, 158.

Pero la persistencia de ese propósito se vio afectada por la emergencia del mundo fronterizo que Cox fue descubriendo en el sur del Neuquén. En primer lugar, al advertir que en el camino había *otros* a quienes se debía considerar: “Y como nuestro proyecto final era ir con los indios al Carmen y quedar amigos con ellos, creí más prudente parlamentar”<sup>8</sup>. ¿Acaso Cox no tenía previsto parlamentar, una ceremonia tan común e insoslayable para cualquier agente externo que se internara en la frontera? De cualquier modo, parlamentó las veces que fue necesario. Los parlamentos le mostraron a Cox un mundo en donde no había imprevistos: en la frontera se parlamentaba y conversaba todo el tiempo. Las reuniones en las que se escuchaban las razones del otro y se decidía no estaban exentas de espectacularidad:

“[...] y se sentaron de manera a formar círculo completo alrededor de nosotros; iba a principiar el parlamento.

“[...] El espectáculo era imponente para cualquiera que no hubiera conocido el carácter de los indios”<sup>9</sup>.

E inmediatamente de su hallazgo de los *otros*, descubría que esos otros ya frecuentaban el camino que él se proponía abrir:

“Los indios de Huitraillan no siguen el mismo camino que los de Huincahual. Aquéllos toman por la orilla norte del Limay, pasan a nado el río Comoé o Neuquén [...]. Un poco antes de llegar al Puerto Carmen, los indios pasan a la banda sur [...]. Me parecía más interesante para la geografía seguir el camino del sur. Así atravesaba la Patagónica en toda su anchura, viaje que ninguno había realizado hasta entonces”<sup>10</sup>.

De este modo, Cox se nos revela como alguien que, sorprendiéndose continuamente del ámbito que transita, se convierte en *inventor involuntario* de la frontera: un mundo que él y los suyos ignoraban en buena medida, pero que estaba allí. Su extrañeza escrita recorrió el mundo y contribuyó notablemente a la construcción imaginaria y política de una frontera entendida como situación espacio-temporal caracterizada por su marginalidad respecto de los centros metropolitanos, por su orden y su dinámica peculiar y por ser desconocida por los agentes de los poderes centrales. Este carácter de Cox como viajero imprevisor o sorprendido por el mundo que descubre nos pone frente a una pregunta crucial para resolver la distancia entre el *descubrir* y el *inventar*: ¿la

<sup>8</sup> Idem, 182.

<sup>9</sup> Idem, 144-145.

<sup>10</sup> Idem, 218.

frontera constituía un mundo realmente desconocido, o conocido pero invisibilizado en la escritura de sus visitantes, como estrategia de construcción de un orden diferente? A diferencia de los viajeros que se identifican claramente como agentes estatales, o bien como descriptores desde la mirada de la “vanguardia capitalista” del XIX<sup>11</sup>, lo original de Cox es que describe personas sin pasar esa descripción por el filtro-estereotipo del par conceptual civilización-barbarie, es decir, sin componer personajes<sup>12</sup>. Por ejemplo, admite categorías intermedias como “indio cristiano” o “indio falsificado”. En relación con la frontera, Cox no la construye conceptualmente como espacio políticamente significativo, desde la perspectiva de un Estado que lo pretenda abiertamente, intencionalmente, sino que contribuye involuntariamente a su invención, aportando información que, a juzgar por el impacto en sus lectores, era efectivamente nueva.

La experiencia y la información recabada antes y durante sus viajes llevaron a Cox a escribir una extensa y detallada conclusión acerca de la vía del río Negro, con la que cierra su obra<sup>13</sup>. Sin embargo, lo más interesante para sus lectores no fue, por entonces, su proyecto colonizador sino su descripción y su conocimiento directo del mundo fronterizo. Para los argentinos en particular, Cox había accedido por la puerta trasera al interior de un mundo indígena y mestizo interesante y complejo, hostil e impenetrable para ellos desde el norte o el este –al menos hasta que el coronel Mansilla emprendiera su “excursión” a tierras ranqueles unos años después. Precisamente, la inevitable comparación con el porteño Lucio V. Mansilla nos ayuda a comprender hasta qué punto la diferencia entre Cox y el autor de *Una excursión a los indios ranqueles* (1870), anglo-chileno uno y criollo argentino el otro, utilitario y empresario uno y literato-político el otro, también se manifiesta en el conocimiento previo de la frontera y en los resultados de las entradas de uno y de otro. Mansilla se cuida bien de mostrarse sorprendido, y de hecho alcanza su objetivo de las paces con los ranqueles. Cox ve constantemente trastocados sus planes y previsiones, y no logra su propósito de atravesar el norte de la Patagonia, como tampoco logró pasar a Chile en 1875-1876 su émulo argentino Francisco Moreno, impedido por los caciques del alto Limay.

<sup>11</sup> Pratt (1997, 259). Hemos trabajado en otra oportunidad las características de estos viajeros sobre el borde norte del área de frontera pampeano-patagónica: Navarro Floria (2000).

<sup>12</sup> Torre (2002), desde una perspectiva más cercana al análisis literario, destaca que los viajeros-agentes estatales del XIX componían personajes a partir de las personas de la frontera, que ellos percibían en su complejidad pero invisibilizaban bajo el estereotipo civilización-barbarie.

<sup>13</sup> Cox (1999, 275-293).

Los usos científicos, políticos o de cualquier otro orden que a posteriori se hayan hecho del texto de Cox, constituyen un problema aparte. En este trabajo nos limitaremos a constatar su impacto, sin analizarlo. Pero antes que eso, nos interesa fundamentar la hipótesis de que –comparado con otros viajeros de su tiempo en el mismo ámbito fronterizo, pero marcados por su pertenencia a agencias estatales– Cox se nos presenta como un traductor relativamente abierto y desinteresado del mundo fronterizo, y eso le permitió mostrarlo con un grado de mayor complejidad que otros contemporáneos suyos.

### *Los lectores de Cox*

Las noticias de Cox tuvieron un impacto profundo e inmediato tanto en su país de origen como en la Argentina y en Europa. En ese sentido, es claro que contribuyó mucho más allá de su voluntad a un paso relevante en la conceptualización de la frontera: su invención propiamente dicha, que no se hizo in situ sino en las bibliotecas.

La revista *Petermanns Mitteilungen* le dio cabida y Woodbine Parish presentó sus trabajos en una conferencia en la Royal Geographical Society de Londres en 1864 y los tradujo al inglés<sup>14</sup>. Desde el punto de vista del conocimiento geográfico se lo puede considerar el redescubridor del Nahuel Huapi y de las fuentes del río Negro. Este fue un aporte decisivo para la determinación de la importancia de este río como vía de comunicación y como límite sur al que aspiraba por entonces la Argentina. En la *Descripción geográfica y estadística de la Confederación Argentina* que en esos años editaba trabajosamente el naturalista francés Victor Martin De Moussy<sup>15</sup>, en el tardío tomo III (1864), el autor reafirmaba el estereotipo del nomadismo que –tomado de la obra de Alcide d’Orbigny– ya había asignado en mayor o menor medida a todos los pueblos indígenas no sometidos, agregando algunos datos aportados por dos novísimas obras: *Trois ans de captivité chez les Patagons* (1864) de Auguste Guinnard, y el *Viaje* de Guillermo Cox. Los nuevos datos fueron incorporados por el autor en una extensa nota a pie de página en la que se destaca que, según Cox, “todos los nómades” se desplazaban con facilidad por todo el espacio pampeano-patagónico<sup>16</sup>. De tal modo subrayaba De Moussy

<sup>14</sup> Cfr. [www.airmedia.com.ar/bariloche/AHTML/COX.html](http://www.airmedia.com.ar/bariloche/AHTML/COX.html).

<sup>15</sup> Navarro Floria (1999).

<sup>16</sup> De Moussy (1860-1864 III, 505-506).

la movilidad de los pueblos indígenas que la suya fue prácticamente la única obra importante sobre la geografía argentina del siglo XIX que decidió no incluir una estimación acerca de la cantidad de la población indígena de la Patagonia, cálculo que sí incluyó Cox<sup>17</sup>.

Los conocimientos acumulados acerca del norte de la Patagonia estimulaban a la clase dirigente argentina a emprender la ocupación del territorio intermedio, hasta el río Colorado o hasta el Negro. El acuerdo acerca de la modalidad de la conquista de la Pampa se plasmó, finalmente, en el proyecto que sería la ley 215 del Congreso de la Nación, de 1867. En su debate fue llevada a colación la reciente experiencia de Cox. Todavía en la discusión general, cuando se fundamentaba la posibilidad de trasladar el límite al río Negro, el senador Rojo contribuía con información sobre los ríos norpatagónicos extraída de viajeros coloniales como Villarino y otros recientes como Cox<sup>18</sup>. Los datos aportados por los viajeros más modernos –Cox provenía, para colmo, del país que competía con la Argentina por esos espacios– inclinaron la balanza, finalmente, por el establecimiento del nuevo límite sur de la Argentina en los ríos Neuquén y Negro.

En Chile, su amigo y también explorador Francisco Fonck apreciaba –todavía en los últimos años del siglo XIX– la indagación bibliográfica de Cox como singularmente valiosa por haber dado a luz documentación casi desconocida o inédita y por haber rescatado del olvido el camino seguido por los misioneros coloniales de Chiloé al Nahuel Huapi<sup>19</sup>.

El informe de Cox también fue considerado ampliamente confiable por Giovanni Bosco, el fundador de los salesianos, cuando redactó en 1876 su escrito *La Patagonia y las Tierras Australes del Continente Americano* para fundamentar ante el Vaticano la misión que se proponía llevar a cabo en la Patagonia e instruir a sus misioneros. Por esos mismos años, la lectura de Cox todavía resultó ser una de las principales motivaciones para que Francisco P. Moreno, el descubridor argentino del Nahuel Huapi, decidiera explorar las nacientes del Limay. Él mismo nos relata que en 1875 “mi nuevo programa era seguir el ejemplo de Villarino, Cox y Musters y visitar los celebrados

<sup>17</sup> Cox (1999, 230). Sobre este tema, cfr. R. Rey Balmaceda, *Geografía histórica de la Patagonia (1870-1960)*, Buenos Aires, Cervantes, 1976, pp. 275-279, a pesar de que comete errores de apreciación, tales como considerar a De Moussy observador directo de la Patagonia.

<sup>18</sup> Senado (1867, 130-131).

<sup>19</sup> Fonck (1896, 3 y 325).

manzanares y pinares de la falda de los Andes”<sup>20</sup>. Y a las autoridades de la Sociedad Científica Argentina les explicaba:

“Mi intención ahora es [...] continuar la exploración hacia los nacientes del río Negro [...] por la parte septentrional de la Patagonia, [...] para examinar el gran lago Nahuel Huapi.

[...] otros antes que yo, han intentado excursiones semejantes. El Sr. D. Guillermo Cox, chileno, trató por dos veces de atravesar desde Valdivia al Carmen, pero sólo consiguió llegar hasta el río Limay; y el Sr. Musters [...]. Estos viajes dieron por fruto, por parte del primero, el importante libro que escribí a su regreso, y que *es el único que poseemos hasta el presente, sobre la Historia Natural de aquellos parajes [...]*”<sup>21</sup>.

En definitiva, no hubo texto ni discurso sobre la Patagonia con pretensión de autoridad, en las décadas de 1860 y 1870, que no citara la invaluable información aportada por Cox en su viaje al interior de la frontera. Esto nos advierte que estamos ante uno de los observadores más perspicaces y originales de la geografía fronteriza del sur argentino-chileno previa a la conquista militar de la Araucanía y la Patagonia por ambos Estados. Una geografía descripta, por añadidura, con una riqueza literaria a menudo conmovedora, como en sus descripciones del ventisquero del Tronador<sup>22</sup>. La bella escritura de Cox, “precisa y a la vez entusiasta” al “reseñar la geografía que ama”, una narrativa cargada de humor, gusto e ironía al decir de su bisnieto<sup>23</sup>, impresionó fuertemente a Pablo Neruda. En una carta de 1973, el poeta dice que Cox: “Es tan bueno, a veces, como Pérez Rosales, con aventuras fantásticas del mundo que ya terminó, contadas por este hombre con ingenuidad, curiosidad y valor personal”.

“Pero además de sentir el paisaje natural, se conoce también a los habitantes de ese mundo prístino, que permanecía cerrado al hombre blanco por una empalizada infranqueable de ríos imposibles de vadear, de volcanes enojones y bosques impenetrables. Constituye este diario de viaje un importante documento sociológico, pues analiza, con el ojo de un Levi-Strauss, las costumbres, ritos, comidas y vestimentas de pueblos originarios todavía viviendo en plenitud su cultura”<sup>24</sup>.

20 Moreno (1997, 16).

21 Moreno a P. Pico (1876); bastardillas nuestras.

22 Fonck (1896, 467-476).

23 Huneeus Cox (2000, 31-32).

24 Idem, 42-44.

Esta última imagen de Cox como testigo de un mundo en estado puro es producto, precisamente, de la invención a que hacíamos referencia más arriba. Para sus lectores de segunda o tercera mano, el texto de Cox terminó invisibilizando y ocultando, y no mostrando el mundo mestizo e indeseable de la frontera. Esa es, precisamente, la operación que nos proponemos desmontar, volviendo a acompañar a un viajero que, lejos de dominar el ámbito que atravesaba, se confesaba desconocedor y sorprendido. ¿Mundo cerrado y puro, o mundo mestizo y abierto pero desconocido y sorprendente para muchos? Con ser un buen observador, cualquiera se asegura que encontrará algo; el detalle está en que no siempre se encuentra lo que se esperaba. Y esto parece ser lo que le ocurrió a Guillermo Cox.

### *Un sorprendente mundo mestizo*

La capacidad analítica de nuestro viajero se puso de manifiesto desde el momento mismo en que decidió recurrir a testimonios escritos, orales y materiales anteriores, incluso de indígenas, para corroborar su hipótesis acerca de la vía interoceánica del río Negro: “compulsé las relaciones de cuantos viajeros habían escrito sobre las regiones patagónicas; recogí con prolijidad los datos que me proporcionaron personas ancianas y respetables de Chiloé”<sup>25</sup>. La mayoría de estas relaciones se resumen en los capítulos II y III de la introducción a su trabajo<sup>26</sup>, y a lo largo de su diario reaparecen permanentemente las referencias a Falkner, Villarino, los jesuitas del siglo XVII cuya senda habían redescubierto los colonos alemanes del Llanquihue, Menéndez y su *baqueano* (guía) Olavarría –un hombre ya anciano a quien Cox entrevistó en Chiloé–, Muñoz Gamero, Fonck, los españoles que fundaron el fuerte junto al lago Lácar en el siglo XVI<sup>27</sup>, etc. Cox realiza entonces toda una reconstrucción histórica basada en fuentes primarias –hecho infrecuente en la literatura de viajes–, dado que hasta fines del siglo XIX, cuando Francisco Fonck publicó los diarios de fray Menéndez, no había más que referencias sueltas,

<sup>25</sup> Cox (1999, 17).

<sup>26</sup> *Idem*, 31-50.

<sup>27</sup> Las referencias de Cox sobre el fortín español del Lácar llevaron finalmente al hallazgo de sus ruinas en el verano de 1998 por periodistas del diario *Río Negro*: cfr. *Río Negro* (Gral. Roca), jueves 12 de marzo de 1998, pp. 32-33, “Apareció en la cordillera un enigmático muro que sería del siglo XVII”; y Cox (1999, 183 y 186).

tradiciones orales y manuscritos inéditos. También describe acertadamente el paisaje, particularmente el contraste entre el bosque andino y la estepa. Casi al modo de un viajero de la “vanguardia capitalista”, el anglo-chileno vestido con *chiripá* y *poncho* anotaba cuidadosamente la presencia de ganado, de tierras aptas para la agricultura y de bosques explotables<sup>28</sup>.

Este registro se volcó, como en toda literatura de viajes, en una escritura en la que se hace difícil distinguir la descripción generada por el impacto estético del contenido científico. También entre literatura y ciencia la frontera es una zona de bordes difusos. En Cox, como en Mansilla, se hace evidente que la zona de contacto se hacía muy atractiva para la literatura. Mansilla, literato vocacional, acompañó más fácilmente su crónica con bellas imágenes y párrafos atrapantes. Sus *paces* con los ranqueles ya estaban firmadas con anterioridad a la excursión, con lo cual solo restaba su teatralización en el “desierto”. Cox, en cambio, exhibe una prosa más práctica, acorde a su objetivo concreto, pero también se adentró en situaciones de vida diferentes de la de su mundo de origen y se dejó cautivar por paisajes y personas:

“Allí nos alcanzó la hija de Antileghen, que había acompañado a su padre durante tres meses de cacería. Para montar a caballo las indias fabrican, con muchos pellejos y cojines de lana, una especie de trono de forma cilíndrica y bastante elevado; sentadas encima, apenas alcanzan sus pies el pescuezo del caballo”<sup>29</sup>.

En la literatura de viajes, la descripción de la grandiosidad de la naturaleza se convierte en un marco de referencia conocido para lo desconocido. El viajero nombra, conoce y se apropia de lo natural, y de este modo ejerce cierto control sobre lo que no puede nombrar –porque ya tiene nombre propio– ni dominar: el otro. Es una forma –a menudo la única– de relatar las costumbres y la cotidianidad en un viaje surcado por una cantidad de circunstancias impredecibles. Así Cox, sobrecogido por la belleza de los Andes en torno del Nahuel Huapi, se vio involucrado como interlocutor de un relato casi fantástico acerca de la supervivencia en ese medio:

“Uno [...] se sorprendería mucho más al oír contar a los indios de los toldos de Huentrupan que a un indio de Valdivia llamado Paulino, habiendo ido a negociar a ese lado [oriental], las nieves del invierno le cerraron el paso del boquete; apremiado por ciertas circunstancias, se juntó con otros dos de sus paisanos

<sup>28</sup> Cox (1999, 63; 65; 142; 184; 109; 148).

<sup>29</sup> Idem, 139.

que habían corrido la misma suerte, y se fueron a caballo hasta el lago de Pirihuaico; allí construyeron una canoa, y por el río Callitue llegaron al lago de Riñihue, asombrando a todos los de Valdivia con ese viaje, que revelaba tantos misterios sobre la formación natural de esos lugares. Al principio, se creyó una fábula, pero después se ha conocido la realidad del hecho. Don Anastasio Guarda me dijo que él mismo había prestado caballos al indio al desembarcarse, para que fuese a Futronhue, de donde era”<sup>30</sup>.

Pero lo más llamativo de su descripción utilitaria está en el paisaje humano: en la caracterización de un sorprendente mundo mestizo habitado por criollos chilenos y rioplatenses, indígenas de distintas partes de la Patagonia y la Pampa vinculados entre sí por parentesco o por negocios, mestizos de todo tipo oficiando de lenguaraces y mediadores políticos, novias fugitivas o raptadas, tráfugas, pastores, cautivos, traficantes de caballos y aguardiente; un mundo con sus propios códigos y circuitos económicos, cruzado por lealtades locales y de largo alcance ligadas unas a otras con la fragilidad del mero interés; un espacio incierto, según Míguez, donde “son las estructuras jerárquicas de relaciones personales, más que los sistemas formalizados de dominación, los que dan forma y coherencia al orden social”<sup>31</sup>.

Boccarda destaca que el reconocimiento de los mundos mestizos por los estudiosos es relativamente reciente. “El historiador chileno José Bengoa habla de ‘cultura de la multiculturalidad’ (1996), el sociólogo argentino Néstor García Canclini de ‘culturas híbridas’ y de ‘desterritorialización de las identidades’ (1995, 1989), el sociólogo chileno José Joaquín Brünner define la experiencia cultural contemporánea como ‘un evento multicultural y desterritorializado’ (1998), el historiador francés Serge Gruzinski reflexiona sobre el ‘pensamiento mestizo’ (1999), el escritor haitiano René Depestre habla de ‘ubicuidad cultural’ y de ‘*métier a métisser*’ (1998) y el antropólogo indioamericano Arjun Appadurai destaca ‘el nuevo rol de la imaginación en un mundo desterritorializado’”. “Se trata [...] de abandonar el enfoque ahistórico tradicional, el estudio de las sociedades y de los grupos ‘fuera del tiempo’, para restituir los regímenes de historicidad y los mecanismos a través de los cuales se fijan las memorias y se reevalúan las categorías culturales”. “En todo caso, [esta perspectiva] plantea el problema de la etnicidad y de la identidad en términos distintos, ya no como esencia, sino como fenómeno cuya dimensión remite a procesos de diferenciación, de construcción y de

<sup>30</sup> Idem, 186-187.

<sup>31</sup> Míguez (2003, 2).

interdigitación”. Así, en el estado actual de las investigaciones, ya no se puede hacer mención a la “dominación” en el sentido literal del término, sino de la “multiplicidad de contactos interétnicos y la construcción permanente de espacios de intermediación”. Son, en fin, en términos de este autor, “las lógicas mestizas” las que permiten la “resistencia y sobrevivencia política y cultural de los grupos indígenas como la creación de espacios simbólicos y físicos de intermediación y entendimiento”<sup>32</sup>.

El carácter reciente del estudio de estas lógicas mestizas solo puede explicarse atendiendo a una tradición historiográfica ignorante de la diversidad de la frontera, cooperadora y producto a la vez de una literatura de viajes que invisibilizaba lo diferente.

Guillermo Cox describe una frontera totalmente mestiza, atravesada por criollos e indígenas “cristianizados” y aculturados en diferentes grados y modos, antesala a su vez de un mundo indígena también heterogéneo, multilingüe, móvil y conflictivo. Una frontera hecha no solo de espacio sino también de tiempo, definible en términos de *proceso*, entre dos mundos también en profunda transformación. Ante esta realidad, Cox desemboca en un intento de fijación mediante la clasificación –su mentalidad occidental no logra escapar a la compulsión clasificatoria– bastante detallado<sup>33</sup> pero que no logra neutralizar la sensación de movilidad e inestabilidad del ámbito fronterizo.

La impresionante galería de personajes identificados por Cox comenzó a su llegada al toldo de Paillacan: “se me presentó un jinete vestido a lo español que me hablaba en castellano” y oficiaba de lenguaraz. Allí mismo “había un individuo rubio, de ojos azules, vestido de español [...]; era un joven Argomedo y Salinas de Chile. [...] Paillacan [...] lo había detenido y lo guardaba con el cargo de ovejero”<sup>34</sup>. Otro que, como Cox, había aprendido rápidamente cómo sobrevivir con provecho en ese mundo, era “el mozo Cárdenas... [que] había sido, por espacio de dos años, prisionero del cacique y, después de haber recobrado su libertad, venía todos los años desde Valdivia a comprar caballos por aguardiente”. O también “un mozo chileno Labrín que... enamorado de una niña de Río Bueno, en Valdivia, huyó con ella; para ponerse a salvo de las persecuciones de la justicia, se vino a buscar la seguridad entre los indios” pero terminó cautivo y casi perdiendo a su novia, verificando que la frontera podía ser un refugio pero que también imponía sus condiciones. Días después

<sup>32</sup> Boccara (1999, 15, 17, 24, 26 y 29).

<sup>33</sup> Cox (1999, 227-239).

<sup>34</sup> *Idem*, 128 y 131.

y ya en viaje de vuelta a Chile, a Cox y a los suyos les serviría de lenguaraz ante Trureupan “José Vera, el chileno tránsfugo” que era más blanco y “español” que los propios peones huilliches del viajero, que, “aunque cristianos, han conservado casi todas las costumbres y hábitos supersticiosos de sus antepasados”:

“El traje que llevan se diferencia algo del de los araucanos; consiste en unos pantalones cortos de lana azul, calcetes de punto hasta el tobillo, una camisa del mismo color y material, y el *poncho*; usan el pelo largo que les cae hasta las espaldas, dividido en la frente y sostenido por una cinta que llaman *trarilongo*, algunos llevan un sombrero cónico de lana azul. Las mujeres se visten como las de los pehuenches, cuyos trajes describiremos más adelante”<sup>35</sup>.

Todo ese camino de retorno desde el alto Limay hasta Valdivia se convirtió para Cox en un reconocimiento de quienes transitaban por distintos motivos el largo corredor de Valdivia a Carmen de Patagones: mestizos como Pascuala, la favorita de Paillacan, que “se había criado en las vecindades del Carmen y hablaba bien el español”, o el “indio falsificado”, hijo de un policía valdiviano que los recibió en lo de Trureupan, o los mocetones de Huincahual que entendían el castellano, o los “indios cristianos” asentados en la zona del lago Lácar: Hilario, otro habitante de Chihuihue, etc. También un dragón enviado por las autoridades argentinas de Patagones para tratar la paz con los caciques cordilleranos<sup>36</sup>. Pasando los Andes de vuelta hacia el oeste, prácticamente Cox ya no encontró indígenas propiamente dichos —excepto los pehuenches que volvían a sus tierras de negociar caballos por aguardiente— sino estos “indios cristianos” o chilenos involucrados en ese tráfico permanente, como Motoco o Matías González<sup>37</sup>. Entre estos últimos estaban “aquellos perseguidos por la justicia que suelen ir al otro lado de la cordillera con el objeto de comprar caballos, no pudiendo entregarse en este lado a ninguna ocupación para poder subsistir”<sup>38</sup>, quedando en evidencia que no todo era permeabilidad en la frontera, que no dejaba de ser *otro* mundo.

Los personajes fronterizos se seguirían sumando en el segundo viaje de Cox al este. Observando con más cuidado, bien pertrechado y ya no tan apremiado por el regreso, Cox alternó en Maihue con un “joven de Osorno [...] de

<sup>35</sup> Idem, 133, 137, 145, 156 y 164.

<sup>36</sup> Idem, 133, 139, 144, 148, 183, 196 y 204.

<sup>37</sup> Idem, 148-149.

<sup>38</sup> Idem, 164.

sangre mezclada”, que “se titulaba lenguaraz mayor de los caciques” y que ostentaba uniforme y sable argentino; con el mapuche “cristiano” Cayú-antí, “que tenía siembras y cosechas [...] que había pasado por el crisol de la civilización y que había salido de él completamente sublimado”; con el ya mencionado José Vera, que “vivía ordinariamente en los toldos de Trureupan”, su mujer cristiana y su concuñado Hueñupan, criados todos en Valdivia; con las “chinas” “donosas y cristianas” de Huentrupan y de Pulqui, que rezaban y bautizaban a sus hijos en la religión *huinca* (cristiana)<sup>39</sup>. En toda la vertiente occidental de los Andes, aunque en territorio fronterizo, Cox constató que “los indios tienen siembras”, que “las fisonomías no tienen ese aire salvaje y feroz que habíamos reparado en los indios situados más al este” y que “las ideas de propiedad comienzan a diseñarse”. Una vez en la vertiente oriental, aparecieron “un joven buen mozo que nos dijo que era mestizo de Patagónica, llamado Gabino Martínez” y el conocido mediador militar de Patagones; un tal “tío Jacinto” que “hablaba castellano y había hecho muchos viajes a Patagónica” y vivía con dos mujeres de nombre español –Manuela y Dominga; “un indio que hablaba castellano, habiendo vivido como cautivo siete años en Chillán”, que había pertenecido a la banda de los Pincheira; y otros exponentes del mundo mestizo<sup>40</sup>. Conoció también la historia de la española Elisa Bravo, “cautivada después del naufragio del buque *Joven Daniel* en las costas de Valdivia” y vendida por cien yeguas “a los indios de Calfucura en Puelmapu”, pero regresada unos años atrás a los toldos de Huitraillan donde vivía casada con un tal Nahuelquir<sup>41</sup>. Otra imagen que causaba conmoción en los toldos de Caleufú era la del poderoso Llanquitrue, vestido con “casaca fina, sombrero blanco, con un *chiripá* azul y calzoncillos bordados; [...] cabezadas, avíos, frenos, canelones, estriberas y estribos, todo era de plata maciza”, acompañado de varios ricos mocetones y de dos oficiales argentinos<sup>42</sup>.

En la relación interétnica, sumamente compleja, “unos y otros desarrollaron rápidamente diversas estrategias de convivencia y se impusieron a sí

<sup>39</sup> Idem, 166, 170, 185 y 189-191.

<sup>40</sup> Idem, 189, 196, 235, 203 y 242.

<sup>41</sup> Idem, 171-172 y 242. El asesinato y cautiverio de los naufragos del bergantín *Joven Daniel* por mapuches, en 1849, había conmocionado a la opinión pública chilena en uno de los momentos en que se debatía con más intensidad la política a seguir en la Araucanía. Cfr. Domingo F. Sarmiento, “Instituciones militares de Chile”, partes II, V y VI (diario *La Crónica* de Santiago, 15 y 21 de octubre y 25 de noviembre de 1849), en *Obras completas*, Buenos Aires, Luz del día, 1948ss., tomo IX, pp. 192-218; y José Bengoa, *Historia del pueblo mapuche (siglo XIX y XX)*, Santiago, Sur, 1985, pp. 162-164.

<sup>42</sup> Idem, 244.

mismos reglas de conducta que fueron elaborando sobre la marcha [...] y muchas de esas estrategias no fueron planteadas o no se hicieron conscientes ni para unos ni para otros”<sup>43</sup>. Otras estrategias fueron impuestas desde el mundo fronterizo hacia fuera, constituyendo pautas que debían ser respetadas por todo aquel que quisiera internarse allí, como la distribución de obsequios, el parlamento para lograr la aquiescencia de los señores locales, etc. El viaje de Cox abunda en ejemplos de todas estas situaciones. Su permanencia en los toldos neuquinos se nos muestra como una permanente negociación y en un clima de desconfianza que se acrecentaba en la medida en que se adentraba en tierras desconocidas por él. Entre las pautas surgidas del interior del mundo fronterizo, Cox se encontró, por ejemplo, con que el traficante Matías González “había concedido la mano de su hija a un pehuenche, en cambio de algunas prendas [...] contrato matrimonial de género insólito y contra las formas de las costumbres cristianas”<sup>44</sup>. Pero también había “indios cristianos”, como hemos notado. Tal era la desconfianza que inspiraba la presencia del contingente de Cox en la frontera, que el vínculo afectivo establecido con algunos de sus anfitriones (“Lenglier y yo, no sin una cierta emoción, apretamos las manos de Inacayal, Dionisio y Celestino, y dando espuelas partimos a toda carrera”<sup>45</sup>) no los eximió de sufrir hasta último momento en su viaje:

“me dijo Inacayal que, mientras andábamos cazando, habían venido chasques de todos los caciques pidiendo nuestra expulsión inmediatamente de la tierra; que hasta el mismo Huitraillan que antes estaba bien dispuesto para con nosotros había cambiado de idea; y que uno de los caciques había ido hasta el extremo de mandar decir que, si Huincahual tardaba más en expelernos, vendría él a dar un *malón*, y mataría a todos los *huincas* y a los que los favorecerían”<sup>46</sup>.

El coronel Mansilla, en cambio, debía a su experiencia fronteriza un mejor conocimiento de las estrategias de seducción que debía utilizar:

“Los indios recogieron las lanzas a la primera indicación de Mora, y cuando éste acabó de hablarles, llamando especialmente su atención sobre que *yo no llevaba armas*, me insinuaron con un ademán el deseo de darme la mano. “*No vacilé un punto*; piqué el caballo, *me acerqué a ellos y nos dimos la mano con verdadera cordialidad*.”

<sup>43</sup> Nacuzzi (1999, 139).

<sup>44</sup> Cox (1999, 172-173).

<sup>45</sup> Idem, 263.

<sup>46</sup> Idem, 262.

*“Les ofrecí cigarros, que aceptaron con marcada satisfacción, y quedándome solo con ellos, hice que Mora fuese donde estaba mi gente, en busca de un chifle de aguardiente”*<sup>47</sup>.

Tampoco muestra Cox la ductilidad que le permitía a Mansilla ubicarse –al menos discursivamente– del lado de los “bárbaros”. Para el chileno, “hay la más grande semejanza entre el gobierno de esas tribus y el de los bárbaros que en el siglo quinto y siguientes, invadieron la Europa”<sup>48</sup>, mientras que el argentino ironiza con su autoidentificación como “civilizado”:

“-A ver –me dije–, representante orgulloso de la civilización y del progreso moderno en la pampa, ¿cómo harías tú un fuelle? [...]

“-¡Ah! Es que eres un pobre diablo, un fatuo del siglo XIX, un erudito a la violeta, un insensato que no quieres reconocer tu falta de ingenio.

“-¿Yo?...

“-Sí, tú, has entrado en el miserable toldo de un indio a quien un millón de veces has calificado de bárbaro, cuyo exterminio has preconizado en todos los tonos, en nombre de tu decantada y clemente civilización, te ves derrotado y no quieres confesar tu ignorancia”<sup>49</sup>.

Se trataba de un espacio social caracterizado por intensos procesos de etnogénesis por los cuales “la adopción de elementos exógenos produce un cambio [...], aunque es posible entrever la permanencia de estructuras simbólicas de fondo y de una lógica social específica”<sup>50</sup>. Cuando nos referimos a elementos exógenos debemos entender entre ellos tanto a costumbres e instituciones como, claro está, a personas. Y junto a los procesos de innovación, los elementos de resistencia y resignificación:

“Los indios de Valdivia, junto con los araucanos, constituían en otro tiempo aquella nación que tan valientemente defendió su independencia contra la invasión de los españoles. Arrojados muchos de ellos de las posesiones que ocupaban en esta banda, al pie de los Andes, pasaron a la cordillera y formaron la nación de los pehuenches. Aquellos que se sometieron al dominio español, permanecieron en este lado, pero conservando siempre su sistema de gobierno, por reducciones mandadas por los caciques”<sup>51</sup>.

<sup>47</sup> Mansilla (1993, 148); bastardillas nuestras.

<sup>48</sup> Cox (1999, 234).

<sup>49</sup> Mansilla (1993, 602-603).

<sup>50</sup> Boccara (1999, 28).

<sup>51</sup> Cox (1999, 155).

Como muestra esta última cita, la complejidad del mundo fronterizo no se resolvía solamente en su carácter mestizo blanco-indígena sino en una multiplicidad de relaciones entre distintas parcialidades. La frontera entendida como zona tenía, claramente, dos bordes: uno exterior al mundo indígena, donde se jugaban las relaciones interétnicas, y otro interior, donde la zona de contacto lindaba con el territorio indígena propiamente dicho, a través de las relaciones intraétnicas, menos conocidas por nosotros pero igualmente dinámicas. Por otra parte, la movilidad poblacional y la dinámica histórica del mundo indígena eran claramente percibidas por la gente de la frontera, como Cox le hace decir a Llanquitrue:

“en el tiempo que gobernaba mi padre, no vino ningún español por acá, pero ahora vienen. Sabéis vosotros los alemanes, que Uds. son nuestros parientes; eso es muy verdadero [...]. Antes éramos tan blancos como vosotros pero los vientos nos tiñeron. Los alemanes vienen del lado del sol, por eso deben ser los hijos [de un ancestro común] que se quedaron allá”<sup>52</sup>.

El área del Nahuel Huapi se nos revela, efectivamente, tanto en los testimonios de los misioneros coloniales como en el de Menéndez a fines del siglo XVIII y en los de Cox, Musters y los viajeros de fines del XIX como un nudo de caminos y de intercambio entre parcialidades de distintos orígenes. Pascuala, la mujer del cacique pehuenche Paillacan, autodenominada “hija del cacique Francés de los tehuelches”, o “un indio huaicurú de Magallanes” presente en los toldos del “tío Jacinto” son ejemplos de esta movilidad<sup>53</sup>. Cox no se contentó con registrar casos aislados de convivencia intergrupal sino que nos da cuenta del fenómeno del multilingüismo, del mestizaje y de los conflictos internos del mundo indígena:

“Sonidos diferentes de los que habían herido mis oídos en los toldos de Paillacan me hicieron preguntarles si no hablaban por acaso el mismo idioma, y supe que, además del idioma pehuenche o araucano, hablaban también la lengua tehuelche, porque había muchos de esta raza”<sup>54</sup>.

En los toldos de Huinchahual, en el sur del actual Neuquén, fue donde Cox registró con mayor intensidad el fenómeno de los contactos:

<sup>52</sup> Idem, 244.

<sup>53</sup> Idem, 130, 137, 209 y 212.

<sup>54</sup> Idem, 140.

“La homogeneidad de raza y de idioma que habíamos reparado en los toldos de Huentrupan, había desaparecido aquí. Huincahual, el viejo cacique, es pehuenche; tuvo, de una mujer ya muerta y que era de raza pampa, dos hijos; uno que vive en las orillas del Limay, e Inacayal, que goza de mucha consideración aquí y en toda la Pampa. De otra mujer que actualmente existe, también de raza pampa, tiene dos hijos y dos hijas [...]. Tiene, además, otra mujer pehuenche”<sup>55</sup>.

En el mismo lugar, durante una reunión, “unos hablaban araucano, otros pampa, otros se interpelaban en la lengua ruda de los tehuelches [...], los más eruditos ponían en relieve sus conocimientos en la *castilla*”. Los interlocutores de Cox también guardaban memoria de los conflictos entre huilliches y pehuenches inmediatos a la independencia chilena, y entre pehuenches y tehuelches<sup>56</sup>. El viajero intentó explicar, como ya señalamos, la complejidad interna del mundo indígena mediante una caracterización de las principales culturas presentes en la vertiente oriental de los Andes:

“Para dar un ejemplo de esto, hablaremos de los que vivían en los toldos del Caleufú; Huincahual y Antileghen eran pehuenches, Inacayal, su hijo [de Huincahual], había nacido de una madre pampa, Agustín y Jacinto eran tehuelches; y el mocetón [...] era de origen huaicuru, tribu que habita cerca de Magallanes. Establecido aquí, se casará; de él nacerán hijos que vendrán a aumentar la mezcla en las razas; la misma variedad se observa en las mujeres”.

Tras notar que los pehuenches vivían en las faldas de la cordillera “hasta unas veinte o veinticinco leguas de ella”, que del otro lado del río Caleufú “casi todos eran tehuelches” y que en las Pampas se encontraban grupos que se movilizaban hasta Buenos Aires y Carmen de Patagones, Cox considera “mejor clasificarlos por los idiomas que usan”: pehuenches de lengua araucana desde Mendoza hasta el Limay, pampas o tehuelches del norte del río Limay al río Chubut, tehuelches del Chubut al sur, huaicurúes en la orilla norte del estrecho de Magallanes y fueguinos en Tierra del Fuego<sup>57</sup>.

Pero más allá de la posibilidad de determinar o imponer identidades mediante una clasificación inevitablemente pobre, resulta interesante constatar la intensa dinámica etnogenética producida tanto en la frontera como en el

<sup>55</sup> Idem, 199.

<sup>56</sup> Idem, 156-157 y 208.

<sup>57</sup> Idem, 228-229.

mundo indígena interior, por el intercambio de elementos materiales y mentales y, fundamentalmente, por el tránsito de personas en todas las direcciones y sentidos posibles. El resultado siempre provisorio de estos procesos es una realidad imposible de interpretar desde una lectura purista, ni indígena ni cristiana: ni una ni otra nos permiten dar cuenta de los rituales y símbolos mestizos. Cox no describe salvajes puros ni civilizados a secas, sino todo un abanico difícil de definir. No compone personajes sino que describe personas. Su testimonio nos aleja cada vez más de interpretar a los viajeros fronterizos del siglo XIX como espectadores de un mundo indígena “en estado puro”<sup>58</sup>, antes de su conquista y museización y de la transformación del territorio en Nación.

### *El funcionamiento del mundo fronterizo norpatagónico, según Cox*

Para los intereses colonizadores de Cox, no bastaba con registrar la sorprendente diversidad humana de la frontera sino que se hacía necesario anotar y comprender cómo, por dónde y por qué se movilizaban; qué traía y qué se llevaba cada uno. La complejidad de las relaciones existentes sobre el eje Valdivia-Carmen de Patagones requería ser explicada por algo más que por el movimiento de algunos indígenas que “cada año venían [...] a las orillas del Nahuel Huapi a recoger animales extraviados” por “los alemanes de la colonia de Llanquihue, que tienen potreros hasta el pie de la cordillera”. Tras su naufragio en el Limay, el propio Cárdenas –el cautivo devenido traficante– proveyó a Cox de caballos para volver “mediante una retribución pagadera en Valdivia”, a tal punto estaba organizado el circuito comercial fronterizo. Al llegar al lago Lácar, los viajeros se encontraron tanto con Pedro Cárdenas –hermano del anterior y secretario del cacique Huitraillan– que llevaba “algunos caballos para venderlos en los primeros potreros” del lado occidental, como con “varios pehuenches con cargas de aguardiente” provenientes de Chile. Cox ya había comprobado, como Mansilla poco después y muchos otros testigos de la frontera, lo útil y corriente que resultaba el alcohol como obsequio o prenda de amistad para ser bien recibido en las tolderías, dato del que haría buen uso en su segunda entrada. La bebida provenía, en la zona, de la fábrica de aguardiente de grano del alemán Francisco Lagisse, en Arique (cerca de Valdivia), que funcionaba como proveedor de los traficantes. Al observar irónicamente cómo pasaban la cordillera “honrados traficantes yendo a

<sup>58</sup> Quijada (1998).

llevar alcohol a los indios”, Cox estimaba que “casi todos esos comerciantes son una pura canalla y no valen más que los indios a quienes frecuentan; siempre ha sido lo mismo”. La importancia del circuito comercial era tal que un “honrado juez de esa comarca, don Bonifacio Vázquez [...] tenía muchos miramientos que guardar con los indios, porque tenía que hacer grandes negocios con ellos para el año siguiente”; y que eran varios los pehuenches de la otra banda que tenían rancho en Chile donde manejaban sus transacciones, como Panguilef y Ragnín<sup>59</sup>.

En las orillas del Nahuel Huapi comenzaba por prever que “a cada momento podían echársenos encima los indios atraídos por los martillazos”. Pocos días después, tras el naufragio en el Limay, se alegraba de haber rescatado los instrumentos musicales y otros pertrechos: “mientras más cosas salvásemos, tanto más numerosos regalos podíamos hacer a los indios”. No hizo lo mismo con los papeles que podían resultarle comprometedores, y los quemó inmediatamente, así como ocultó sus propósitos<sup>60</sup>:

“[al cacique Paillacan] no era posible decirle cuál era mi nacionalidad ni el objeto de mi viaje, porque era lo suficiente para perderme; [...] celosos como son [los pehuenches] de su independencia, era un atentado directo contra ella el intentar reconocer uno de sus ríos; me decidí pues, a no decir la verdad”<sup>61</sup>.

Su argumentación falaz fue reforzada por los consabidos obsequios: “muy lejos de haber querido pasar ocultamente por el Limay, mi intención había sido detenerme en su confluencia con el Chimehuin<sup>62</sup> para tratar con los indios, y esto lo atestiguaban los regalos que traía con ese objeto”<sup>63</sup>. Sin embargo de sus reparos anteriores, Cox aceptó el rol mediador del aguardiente y observó su importancia ritual:

“Hice regalos a Inacayal. Juan Chileno regaló también al cacique un barril de aguardiente, que yo le había cambalacheado en Arsquihue por un caballo. En la tarde, el viejo Huinchahual se ató la cabeza con un pañuelo nuevo y se puso su mejor poncho para presidir la ceremonia de la abertura del barril”<sup>64</sup>.

<sup>59</sup> Idem, 109-110, 138, 148-150, 159, 161-163, 173-174 y 178.

<sup>60</sup> Idem, 116, 122-123.

<sup>61</sup> Idem, 128-129; cfr. 145-146.

<sup>62</sup> Actualmente se considera al Chimehuin un afluente del río Collón Curá, que es el que desagua a su vez en el Limay, cerca del sitio del naufragio de Cox.

<sup>63</sup> Cox (1999, 130).

<sup>64</sup> Idem, 207.

Efectivamente, en los preparativos de su segunda entrada, la primera preocupación de Cox consistió en conseguir:

“el aguardiente necesario tanto para el rescate de los rehenes como para procurarme la amistad de los caciques y algunos caballos para el viaje [...]. Los artículos que llevaba para rescatar a mi gente de las manos de los indios consistían en aguardiente, escopetas, cornetas, pólvora, ropa, cuentas de vidrio, cuchillos, pañuelos, camisas, añil y otras cosas para regalar a las nuevas relaciones que podía contraer”<sup>65</sup>.

También Mansilla en la Pampa distribuyó aguardiente y cigarros, bebió y parlamentó con los ranqueles y hasta regaló su puñal y su poncho a los caciques, como estrategia de seducción.

Cox no solo se adaptó rápidamente a la lógica del intercambio de aguardiente por caballos, propia de ese ámbito fronterizo, sino que comprendió las razones para el clima de desconfianza en que cerraba sus tratos: “los indios, acostumbrados a tratar con los compradores de caballos, que generalmente es gente poco honrada, creen todo lo que se le antoja decir al primer bribón que les habla sobre las malas intenciones de [los] *huincas*”<sup>66</sup>. De algún modo, no solo los blancos generaban la relación sino que “también los grupos nativos tuvieron sus estrategias de acción”<sup>67</sup>. Los grupos nativos (y mestizos) trataban así de sacar provecho de la convivencia forzada con los blancos, estableciendo términos de negociación y exigiendo intercambios y servicios. El viajero reconocía así la existencia –ya señalada, por ejemplo, por Alberdi y Sarmiento– de un mundo fronterizo que no constituía un vacío de orden sino *otro orden alternativo*, con sus propias leyes no escritas y su propia lógica, que a menudo desafiaba las estrategias hispanocriollas<sup>68</sup>.

Un segundo plano de relaciones que interesaron a Cox fue el del trato político de los grupos de la Pampa y la Patagonia norte con las autoridades argentinas. La presencia de un dragón de la guarnición de Carmen de Patagones en las tolderías al norte del Nahuel Huapi era señal de la persistencia del trato pacífico en general y de una política de vieja raíz colonial en particular: la de los “capitanes de amigos”. El soldado aparecía invitando a Paillacan a celebrar paces en Patagones, y al año siguiente viviendo en los toldos, llegado con

<sup>65</sup> Idem, 153 y 155.

<sup>66</sup> Idem, 165, 172 y 182.

<sup>67</sup> Nacuzzi (1999, 151).

<sup>68</sup> Navarro Floria (2001, 351).

el mismo fin, puesto que “siempre se le mandaba como chasque en misiones de confianza”<sup>69</sup>. En esta segunda ocasión, Celestino Muñoz –así se llamaba el dragón– portaba una carta del coronel Murga invitando a los caciques a pactar acompañada de otra del ministro de Guerra argentino avalándolo. También Llanquitrue, que había participado del sangriento ataque al fuerte bonaerense de San Antonio de Iraola en 1855, al morir fue honrado como general argentino y se presentaba, según le refirieron a Cox, escoltado por dos oficiales del ejército. Por entonces, Llanquitrue –como lo llama Cox o Yanquetruz –como es denominado generalmente en la bibliografía y la documentación de la época– había firmado la paz en 1857 con el Estado de Buenos Aires –Cox transcribe varias cartas al respecto– y había sido reconocido como “comandante en jefe de todo el territorio de la Pampa” con el grado de teniente coronel, con asiento en Valcheta y con la misión de auxiliar a Buenos Aires en la defensa y fortificación del río Negro<sup>70</sup>. En las tratativas previas, Paillacan y Huincahual –los conocidos por Cox– figuran como parte de los caciques “chilenos” opuestos a la paz<sup>71</sup>. Muerto Yanquetruz, el trato pacífico continuó con su hermano y sucesor Chingoleo –o Chincoleu, como lo llama Cox– y culminaría en una serie de tratados con los renuentes Sayhueque, Huincahual y su hijo Inacayal y otros, todos en 1863<sup>72</sup>.

Es probable que este panorama de entendimiento de los caciques norpatagónicos con las autoridades argentinas haya sido el factor que terminó de desalentar a Cox de intentar su travesía hasta Carmen de Patagones. Fonck nos hace notar el apoyo que el presidente chileno Manuel Montt prestó al viaje de Cox, y el trato “poco digno de la cultura de nuestro siglo” que las autoridades argentinas le tendrían reservado<sup>73</sup>, aunque ni lo uno ni lo otro surgen claramente de la lectura del viaje.

La resistencia y posterior aceptación de los tratados con el Estado argentino nos revela la existencia de una estrategia propia de los caciques del mundo fronterizo, inclinados al trato pacífico pero cuidadosos de parecer débiles ante sus pares. Como nos revela Mansilla en un jugoso diálogo con el ranquel Baigorrita, éste se despedía diciéndole:

<sup>69</sup> Cox (1999, 139, 196 y 204).

<sup>70</sup> Idem, 244-248.

<sup>71</sup> Levaggi (2000, 287-291).

<sup>72</sup> Cox (1999, 310-313 y 329-337).

<sup>73</sup> Fonck (1896, 297).

“que no me extrañase que no hubiera hablado en la junta en defensa mía, que no lo había hecho por los indios de Mariano, que si lo hubiese hecho habrían dicho que era más amigo mío que de ellos; que yo tenía mucha *razón en mis razones*, que los hombres de experiencia lo habían conocido mejor que el mismo Mariano Rosas, pero que había tenido que portarse así, porque sino sus indios habrían dicho que era más amigo mío que de ellos [...]

“Recién comencé a ver claro y explicarme la actitud indiferente, reconcentrada, ceñuda de mi compadre durante toda la junta. A fuer de ser diplomático, que conoce perfectamente bien el terreno que pisa, había estado haciendo su papel”<sup>74</sup>.

Si bien en Cox no hay el grado de empatía que se muestra en la relación de Mansilla con los ranqueles de la Pampa, el juego de recelos, secretos y cuidados entre sus sucesivos interlocutores nos revela, como ya hemos visto, una diplomacia de características similares y de igual contexto. La ductilidad de Cox frente a la lógica y al orden interno del mundo fronterizo, el modo en que acepta –aún en tensión con sus convicciones profundas, como es natural– convertirse él mismo en traficante de aguardiente para poder penetrar el territorio deseado, nos coloca frente a un viajero atípico, poco dispuesto a imponer otro orden o a transformarse en agente de cualquier operación de conquista o dominación. La frontera transcrita en sus textos no fue, en consecuencia, territorio del despliegue de ninguna soberanía estatal sino espacio híbrido y abierto, tierra libre.

## Conclusiones

El viaje de Cox tuvo un claro propósito político y económico –colonizar desde el sur de Chile la cuenca del río Negro–, a partir del cual se puede ver al protagonista como agente indirecto de los intereses del Estado chileno en un territorio trasandino. Cox presenta su viaje como una perspectiva de desarrollo para los colonos del sur de Chile; advierte la presencia de las autoridades argentinas a través de tratados y mediadores militares que viven en las tolderías, y esto alimenta la desconfianza mutua con los caciques del actual Neuquén. Su mirada puede ser también la de los ojos imperiales del capitalismo decimonónico, que estudia los recursos naturales y sus posibilidades y

<sup>74</sup> Mansilla (1993, 517-518).

también describe con precisión el intenso tráfico trasandino de aguardiente por caballos y otras mercaderías, sus actores y formas de trato.

Sin embargo, Cox puede también ser leído como un *inventor involuntario de la frontera*, un descubridor de ese *orden alternativo* ya advertido por otros autores en la Pampa “bárbara”, un observador de la lógica propia del mundo mestizo, en definitiva, como alguien sorprendido por una realidad no prevista por él. Esa imprevisión fue lo que, finalmente, lo llevó a fracasar en su propósito original (llegar a Carmen de Patagones, abrir un corredor bioceánico, colonizar el valle del río Negro) *pero también a ser considerado por otros como un gran descubridor*. Ese mundo hallado por él es el de la frontera pampeana-norpatagónica, en el que se superpusieron e interactuaron, durante el siglo XIX, un ámbito indígena y un ámbito hispanocriollo. Cox describe un ambiente totalmente mestizo, atravesado por criollos que residen o transitan territorio indígena por distintas razones (traficantes, cautivos, fugitivos, militares, etc.) e indígenas “cristianizados” y aculturados en diferentes grados y modos. También advierte la movilidad y conflictividad del borde interior de la frontera: el que relacionaba al ámbito híbrido con el ámbito indígena propiamente dicho. En ese borde difuso, el mundo indígena se muestra heterogéneo, multilingüe, móvil y conflictivo, desembocando en un intento de clasificación insuficiente para advertir la intensa etnogénesis propia de la frontera. Su traducción de la frontera no la transforma en espacio de expansión de la soberanía estatal ni en “desierto” habitado por “salvajes” invisibles; describe personas con nombres propios e identidades concretas, sin componer personajes para otros fines. En este sentido, es un viajero atípico, distinto de los del corpus estatal –argentino o chileno– de la segunda mitad del siglo XIX.

Finalmente, la mirada de Cox sobre el mundo norpatagónico anterior al punto de quiebre de la conquista militar nos invita a renovar la interrogación acerca del desarrollo posterior y la persistencia de la lógica mestiza peculiar de este espacio. La comprensión de esta dinámica puede dar todavía mucho de sí para un replanteo de la realidad social, política y cultural de la Patagonia mestiza del siglo XX y aun de la actual.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Boccara, Guillaume, “Antropología diacrónica. Dinámicas culturales, procesos históricos y poder político”, en G. Boccara y S. Galindo (eds.), *Lógica mestiza en América*. Temuco. Universidad de La Frontera, 1999.

- Cox, Guillermo Eloy, *Viaje en las rejiones septentrionales de la Patagonia, 1862-1863*. Buenos Aires, El Elefante Blanco [1ª ed: Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1863], 1999,
- De Moussy, Victor Martin, *Description géographique et statistique de la Confédération Argentine*. Paris: Firmin Didot frères et Cie, 1860-1864.
- Fonck, Francisco, *Viajes de Fray Francisco Menéndez a la Cordillera publicados y comentados por...*. Valparaíso: Niemeyer, 1896.
- Huneus, Pablo, "El tata Guillermo", <http://www.pablo.cl/articulos/22.html>, 1998.
- Huneus Cox, Pablo, *Patagonia mágica, El viaje del tata Guillermo*. Santiago: Nueva Generación, 2000.
- Levaggi, Abelardo, *Paz en la frontera, Historia de las relaciones diplomáticas con las comunidades indígenas en la Argentina (siglos XVI-XIX)*. Buenos Aires: Universidad del Museo Social Argentino, 2000.
- Mansilla, Lucio V., *Una excursión a los indios ranqueles*. Buenos Aires: Espasa Calpe, 1993.
- Mayochi, Enrique M., "Guillermo Eloy Cox, explorador y viajero", en Cox 1999, 1999.
- Míguez, Eduardo J., "Mediación social en la frontera, La región pampeana, 1840-1874", inédito, 2003.
- Moreno, Francisco P., *Viaje a la Patagonia Austral*. Buenos Aires: El Elefante Blanco, 1997.
- Moreno a Pedro Pico, Buenos Aires, en *Anales de la Sociedad Científica Argentina* (Buenos Aires), tomo 1 (1876), 14/9/1875.
- Nacuzzi, Lidia, "Estrategias sociales en una situación de contacto", en G. Boccara y S. Galindo (eds.), *Lógica mestiza en América*. Temuco: Universidad de La Frontera, 1999.
- Navarro Floria, Pedro, *Ciencia y política en la región Norpatagónica: el ciclo fundador, 1779-1806*. Temuco: Universidad de La Frontera, 1994.
- Navarro Floria, Pedro, "Un país sin indios. La imagen de la Pampa y la Patagonia en la geografía del naciente Estado argentino", *Scripta Nova* (Barcelona), 51, <http://www.ub.es/geocrit/sn-51.htm>, 1999.
- Navarro Floria, Pedro, "La mirada de la 'vanguardia capitalista' sobre la frontera pampeano-patagónica: Darwin (1833-1834), Mac Cann (1847), Burmeister (1857)", *Saber y Tiempo* (Buenos Aires), 10, 2000.
- Navarro Floria, Pedro, "El salvaje y su tratamiento en el discurso político argentino sobre la frontera sur, 1853-1879", *Revista de Indias* (Madrid), LXI:222, 2001.
- Pratt, Mary Louise, *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 1997.
- Quijada, Mónica, "Ancestros, ciudadanos, piezas de museo. Francisco P. Moreno y la articulación del indígena en la construcción nacional argentina", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* (Tel Aviv), IX:2, [http://www.tau.ac.il/eial/IX\\_2/quijada.html](http://www.tau.ac.il/eial/IX_2/quijada.html), 1998.
- Torre, Claudia, "Topografías pendientes. Los relatos de viaje hacia la Patagonia en la segunda mitad del siglo XIX", CD-ROM *1er Encuentro "Las Metáforas del Viaje y sus Imágenes. La Literatura de Viajeros como Problema"*. Rosario: Universidad Nacional de Rosario, 2002.